

La zona tradicional alfarera de Cuenca se ubica en los barrios Convención del 45 y Tandacatu

# Tres generaciones de alfareros guarda la familia Ramón

**H**ugo, José, y Pablo Ramón crecieron entre la mezcla del barro, el torno, los moldes, y el olor del barro cocinándose. Su padre, Felipe, de 80 años, era quien con sus hábiles manos dio forma a miles de piezas y los sacó adelante en este oficio.

“Las más impresionantes, en las que algunos de mis hermanos y yo lo apoyábamos, era cuando en el torno le daba forma a vasijas o cántaros que sobrepasaban el metro de altura. Mientras uno de nosotros hacía girar el torno, mi papa, montado en la silla, le daba forma a la masa”, recordó Hugo, el mayor de los hermanos.

En la niñez aprovechaban para jugar en el agua, donde se pone el barro para convertirlo en masa; también les gustaba meter las manos cuando se daba forma a la mezcla y se la dejaba en el punto exacto para moldearla.

A modo de experiencia y entre carcajadas, José recordó que en su niñez mientras su padre daba vuelta al torno se quedó sujetado del cabello y tuvieron que cortarle para liberarlo.

“En esa época tenía el cabello medio largo, y sin darme cuenta y por meter mi cabeza en lo que estaba haciendo mi papá no me fijé y el cabello se enredó en la masa fresca”, detalló.

Los tres se dedicaban a otros oficios, la mecánica y la carpintería, pero con los años decidieron retomar esta tradición, que también la están aprendiendo sus hijos.



● José, Hugo y Pablo Ramón se ayudan en la elaboración de algunas piezas cuando necesitan producir en gran cantidad.

## Taller

Entrar al taller de José es sumergirse en este mundo cálido

Entrar al taller de José es sumergirse en este mundo cálido del barro. Al final del pasillo se divisan unas grandes bañeras, y a uno de sus ayudantes mientras enfría un maceta que recién salía del horno.

Pese a que los tres tienen sus talleres, en el de José siempre se citan para compartir una buena conversación o producir algún pedido especial, por ejemplo en las fiestas de Cuenca.

Hugo se viste con una chompa de lana llena de arcilla seca y se sienta al torno. Con su pierna izquierda le da vuelta, y con sus manos entre el agua y la masa de arcilla da forma a diminutas ollas.

Sus hermanos cuentan que el proceso inicia mucho antes con la mezcla del barro y el agua lo que da como resultado una masa, luego sacan las imperfecciones, y dependiendo si son piezas rectas van a los moldes o al torno para las que son circulares (macetas, ollas, vasijas, cántaros y más). Lo siguiente es poner a secar y finalmente al horno para la cocción final.

El barro con el que trabajan viene de Santana, Sinincay, y de la ciudad de Zamora, en el Oriente. José toma la posta en el torno y comienza a dar forma a piezas más grandes. Lo primero que hace es el ahuecado; luego sus manos se entrelazan de un lado a otro dando forma a la vasija (diámetro, tamaño de la boca, si tiene o no pico y más detalles).

Dice que cuando se sienta en ese lugar, su mente se libera y viaja lejos hacia ideas y sueños que tiene. "Creo que este oficio es mejor que cualquier terapia", comenta entre carcajadas.

Para cortar la pieza utilizan una pedazo de cuerda. Tanto José como Hugo toman la cuerda y con gran habilidad la enrollan en la base de lo que crearon y la cortan. Está lista para recibir los acabado.

Pablo es el encargado de darle los toques finales. Les pone haladeras, realiza talladuras o cortes exactos que poco a poco van tomando sentido y transforman la pieza en algo más personalizado.

Los tres coinciden en decir que en una semana de producción, y si hay buen clima, logran elaborar más de 1.000 ollas de juguete. Si se tratan de piezas un poco más grandes, pueden fabricar hasta 100.

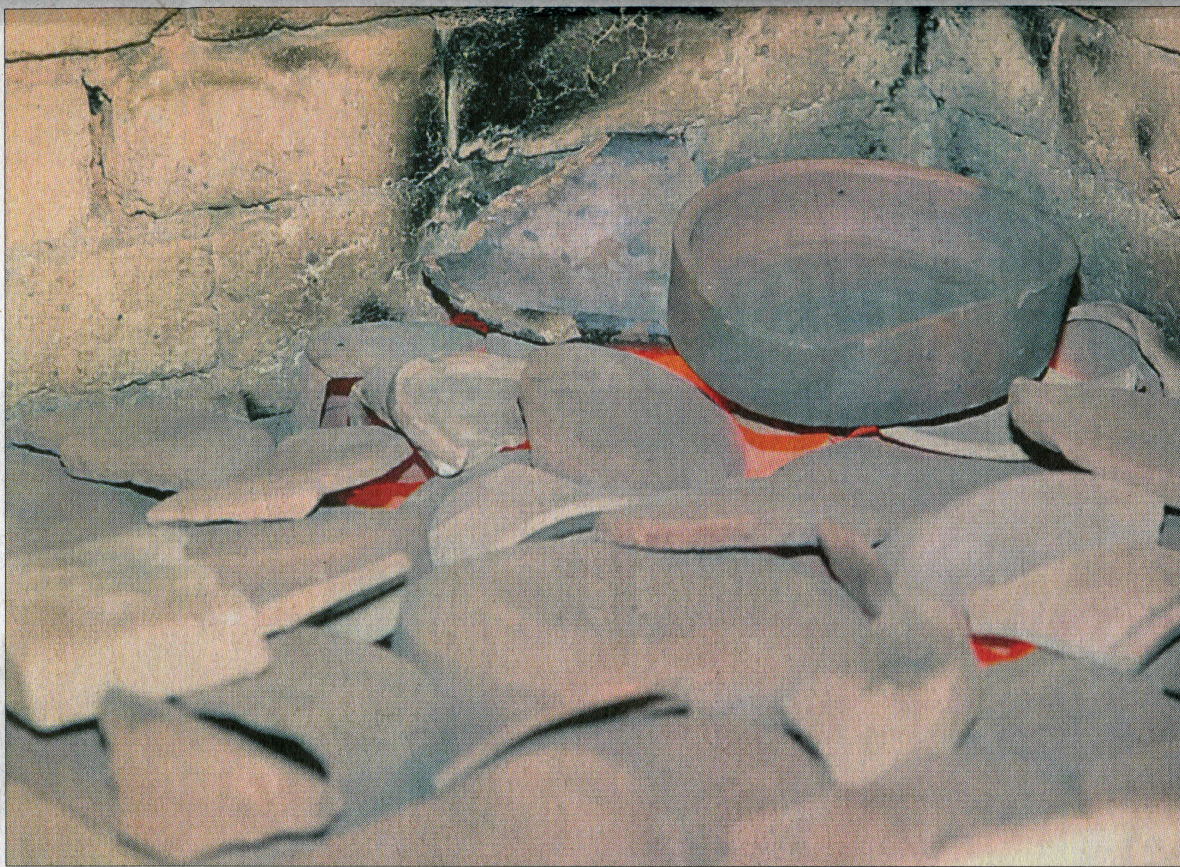
Elaboran una gran variedad de objetos como platos, ollas, cántaros, macetas, vasijas, bases para arreglos florales, juegos y otros.

El oficio de la alfarería, a decir de la familia Ramón, es de mucha dedicación, paciencia y contacto con la gente por que en cada pedido se refleja la necesidad de sus clientes.

Ellos elaboran productos bajo pedido, pero también producen en serie para comercializar en la plaza Rotary. Los costos varían entre los 30 centavos y 150 dólares.

Más en la 8D





● El horno en el que se cocinan las figuras alcanza los 950°C.



## Migración

Hugo migró a los Estados Unidos, donde aprendió nuevas técnicas de modelado de cerámica. Cuando regresó al Ecuador intentó aplicarlas, sin embargo, se encontró que la riqueza histórica de las formas tradicionales continuaban vigentes y decidió aplicar lo enseñado por su padre.

Desde hace 14 años abrió su taller, e hizo de la alfarería su oficio diario. De la mano de sus hermanos ha logrado rescatar la tradición alfarera de su familia.

El padre de Hugo, José y Pablo, a sus 80 años de edad vive en Estados Unidos. Sin embargo, cuando llega a Cuenca lo primero que hace es visitar los talleres de sus hijos para volver a sentir la arcilla entre sus manos.

La tercera generación de la familia Ramón aún son niños. Sin embargo, les gusta ser parte del proceso de producción cuando llegan de visita. A modo de juego, sus pequeñas manos ya han estado en contacto con la arcilla.

“Ojala nuestro hijos también hagan de este su oficio. Que conserven lo artesanal, pero que puedan llevar más allá a lo que nuestro padre nos enseñó”, comenta José.

## Historia de vida formada entre la arcilla

Ana Beatriz Ramón tiene 68 años y desde la niñez se juntó a su hermano Felipe y aprendió a darle forma al barro.

Mientras recuerda cómo aprendió el oficio sus manos, llenas de barro, dan forma a pequeños silbatos de pajaritos. En menos de 5 minutos hizo diez figuras. “En una sola noche doy forma a unos 500 silbatos, las canastas, casitas y demás, me toman un poco más”, dijo.

Cuenta que en su época era difícil que las mujeres sean alfareras, recuerda que habían tres mujeres más que eran hermanas, las señoritas Alvarado.

Ella no cuenta con un taller propio, cuando necesita elaborar grandes piezas o las bases para arreglos florales pide a sus sobrinos o hermanos que le preste el torno.

Su especialidad es elaborar pequeñas figuras decorativas como casas, canastas, ollas, silbatos, entre otros objetos que son elaborados con la técnica de vidriados (cuando la pintura brilla), para esto se requiere de doble cocción en el horno.